EL BARCO DE VAPOR

María Menéndez-Ponte







Dirección editorial: Elsa Aguiar Coordinación editorial: Gabriel Brandariz Ilustraciones: Miguel Ordóñez

- © María Menéndez-Ponte, 2012
- © Ediciones SM, 2012 Impresores, 2 Urbanización Prado del Espino 28660 Boadilla del Monte (Madrid) www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE Tel.: 902 121 323 Fax: 902 241 222 e-mail: clientes@grupo-sm.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

A Pablo Brandariz Pasamón, que llena el mundo de magia cada día y hace inmensamente felices a sus padres, para que nunca se olvide de ser mago.





## El origen de Retoñito



ÁIVARO estaba harto del problema de matemáticas que le habían mandado de deberes. Por más triángulos que dibujaba, no daba con la solución. Estaba tan aburrido, que al último de estos triángulos le puso ojos, cejas, nariz, boca y tres brotes de pelo que asomaban de su cabeza. Esos tres retoños darían nombre a este simpático y aparentemente inofensivo personajillo.

Aunque si Álvaro hubiera sospechado siquiera el sinfín de problemas que le iba a ocasionar Retoñito, seguramente se habría esforzado por resolver el dichoso ejercicio de matemáticas en lugar de dar vida a ese monigote.

¡Ay, cómo lo subestimó entonces! Pronto descubriría la verdadera naturaleza de semejante granuja. Un auténtico liante descarado y respondón que, en cuestión de segundos, era capaz de poner patas arriba su vida.

Retoñito se lo ponía a Álvaro cada vez más difícil. Hasta que un buen día tomó la determinación de domarlo: no podía ser que ese macaco que salía de su imaginación le metiera en problemas cada dos por tres. Después de muchas idas y venidas, decidió que lo engatusaría con hábiles tretas para que, además de portarse bien, Retoñito le ayudara a hacer los deberes. Le haría creer que vivía fabulosas aventuras.

¡Qué felices se las prometía Álvaro! Pero, ¡ay!, Retoñito todavía iba a dar mucha guerra a su creador antes de desaparecer un buen día por la página diecisiete del libro de Conocimiento del Medio.

Y para que veáis que no os miento, seguid leyendo...

## En cuestión de 1 segundo



Cuando Álvaro entró en su cuarto al volver del colegio, lo primero que vio fueron los tres retoños de pelo del monigote que había cobrado vida en el papel, tiesos como cebollinos. Estaba expectante, deseando saber qué nueva aventura le aguardaba. «¡El pobre iluso no se entera de que es el método que he ideado para domarlo!», pensó Álvaro, satisfecho de su ingenioso plan. «Lo engaño cada día con hábiles tretas para que me ayude a hacer los deberes, y el infeliz ni se cosca. Lo tengo comiendo de mi mano».

Se sentía triunfante por haber sido capaz de cambiar las tornas. Ahora era él quien mandaba. No podía ser que ese enano gamberro y malcriado se saliera siempre con la suya y lo metiera continuamente en líos. Pero ya no, porque había aprendido una valiosa lección: en lugar de ponerse cabezota con él, tenía que tratarlo con mucha mano izquierda.

Sin embargo, no siempre le resultaba fácil convertir los temas de Sociales, Lengua o Matemáticas en fabulosas aventuras sin que él descubriera el engaño. ¡Uf, el de hoy se las traía! ¿Cómo podía conseguir que Retoñito se interesara por un tema tan aburrido como el de la localidad? ¡Menudo peñazo! Y encima, Miss Carmen les había mandado hacer un trabajo para dentro de dos días donde tenían que detallar qué era un ayuntamiento y en qué consistía el trabajo del alcalde y de los concejales. ¿Qué le importaba a él todo eso? ¿Quién diablos ideaba los programas escolares? Seguro que era alguien que no sabía nada de niños.

- -Vamos, Bávaro. ¡Date un poquito de brillo! -le urgió el monigote con su voz de trompeta.
- -Estaba merendando -le replicó Álvaro, molesto por su descaro.

Le hubiera gustado darle una contestación. No soportaba su tono impertinente y sus aires de superioridad. Pero, a estas alturas, sabía que el enfrentamiento no era una buena táctica. Era mejor recurrir a la diplomacia.



-¿Merendando, dices? ¡Menudo festín te has dado! Has tardado una hora de reloj. ¿A que no sabes cuánto me ha llevado a mí engullir mi raquítica merienda? Exactamente cuatro segundos.

Esta vez Álvaro se tuvo que morder la lengua para no replicarle que no se iba a pasar la tarde dibujando manjares para su señoría. Tenía que evitar a toda costa ponerlo en su contra.

-Lo bueno siempre se hace esperar. Y hoy vas a vivir la mejor aventura de tu vida. Tengo una gran sorpresa para ti -le anunció tratando de ganar tiempo mientras le llegaba la inspiración.

Los tres retoños de la cabeza de Retoñito parecían ahora las orejas de una liebre ante la alerta de un peligro. La uve que formaban sus cejas se desplazó unos cuantos centímetros hacia arriba

y los ojos se le salieron de las órbitas como a los dibujos animados.

–¡Venga, suéltalo ya! No seas pelma.

Álvaro ignoró su insulto y concentró todos sus esfuerzos en pensar alguna artimaña que le permitiera ganar tiempo.

-Es que no estoy seguro de que vayas a ser capaz. Es algo arriesgado -lo picó.

Sabía que era un método infalible para motivarlo.

-¿No serás tú el cobardica? -se la devolvió él.

Si a Álvaro no se le ocurría nada en un segundo, estaba perdido. Retoñito lo captaba todo al vuelo, no era fácil engañarlo.



# 2 instrumentos necesarios para la investigación

-¡Te convertirás en detective! -exclamó Álvaro, francamente aliviado por la brillante idea que le había venido de repente a la cabeza.

A Retoñito se le dibujó una amplia sonrisa.

-¡Cómo mola! ¿Y qué voy a investigar?

A ver cómo le pedía información para su trabajo haciendo que pareciera una tarea de detective. Álvaro le señaló el dibujo del ayuntamiento que había en el libro de Conocimiento del Medio.

- -Tienes que entrar ahí y averiguar a qué se dedican el alcalde y los concejales.
  - -¿Y qué tiene eso de peligroso? -se mosqueó.
- -Como te pillen, puedes acabar en la cárcel. Está terminantemente prohibido espiar.

Los tres retoños se estremecieron de la emoción, como los hierbajos con la brisa. Si algo le gustaba a Retoñito era transgredir las normas. Pero cuando ya Álvaro se estaba felicitando por la gran idea que había tenido, él le exigió:

-Necesito una lupa.

Álvaro se la dibujó sin rechistar. Al fin y al cabo, era un utensilio necesario para un detective y se dibujaba en dos trazos: un círculo y un palote.

- -Ahí la tienes -le dijo, satisfecho de su obra.
- -Y también voy a necesitar una pipa.
- -¿Una pipa? ¿Para qué la quieres?
- -El gran detective Sherlock Holmes tiene una. Son mis instrumentos de trabajo.

Álvaro no quería pasar la tarde dibujando, pues tenía un montón de cosas que hacer, así que le respondió:

- -Fumar no es sano y, además, ¿no ves que ahora ya no se puede fumar en ningún lugar cerrado? Y mucho menos en uno público, como el ayuntamiento.
  - -Pues entonces hazme una pipa de chocolate.
- -¿Y cómo diablos se dibuja una pipa de chocolate? ¿Me ves cara de chocolatero?
- -Tú eres el dibujante. ¿Te lo tengo que decir yo todo?

Álvaro pensó que, a pesar de la doma, Retonito seguía igual de respondón y contestatario. En eso no había mejorado nada. Pero, por no discutir... Al fin y al cabo, una pipa también era fácil de dibujar. Y se doblegó a su capricho sin tener en cuenta que cuando Retonito se ponía a pedir, podía ser insaciable.

- -¡Hale, ya la tienes, a investigar!
- -Pero me falta el traje de detective.



- -Para ser detective no se necesita ningún traje especial.
- -Si eres uno de categoría, sí. Mira a Sherlock Holmes.
- -¡Y dale con Sherlock Holmes...! Está bien. Te dibujaré uno -dijo Álvaro mientras contemplaba nervioso avanzar las manillas del reloj. A este paso, se quedaría sin ver su serie de dibujos favorita.



## ¡Te has pasado 3 pueblos!

ÁLVARO se puso a dibujar pacientemente lo que a él le parecía un espectacular traje de cuadros escoceses, cuando le empezaron a llover las críticas de Retoñito:

- -Pon más cuidado. Los cuadros no te están quedando iguales. Hazlos un poco más pequeños. Esa manga está más larga que la otra. Ese cuello no me gusta...
- -¿Vas a hacer de detective o vas a ir a un pase de modelos? -le recriminó Álvaro, picado.
- −¿Y cómo pretendes que me dejen entrar en el ayuntamiento si voy con esas pintas?
- −¿Le place así a su señoría? −le preguntó con retintín, harto de sus exigencias.
- -Bueno, vale, así está bien -respondió él como si le perdonara la vida, y añadió-: Ahora me falta el abrigo.



Álvaro empezaba a exasperarse.

- -¿Para qué lo quieres? Los monigotes no tienen frío.
- -¿Y tú qué sabes? ¿Acaso estás dentro de mí? Que sepas que no es una cuestión de frío, sino de imagen.
- «¡Vaya con Retoñito!», pensó Álvaro. «Además de vándalo, presumido». Esos dos conceptos se daban de tortas, pero con él todo se salía de las normas. No obstante, le dibujó un abrigo sencillo.
  - -Así no es el de Sherlock: le falta la capellina.
  - −¿Qué es una capellina?
  - -Es una capa corta que llega por la cintura.
  - -¡Pero si tú eres un botijo!

-Mejor ser un botijo que un piernas largas. Siempre te falta un trozo de pantalón, parece que vas a pescar berberechos.

Álvaro comprendió que por ahí iba mal. Retoñito era un as argumentando y no se callaba ni debajo del agua. Así que se volvió a morder la lengua y se puso a dibujar obedientemente lo que le pedía. Solo que no resultaba nada fácil diseñar un abrigo tan diminuto. ¡Y encima con la capita esa! ¡Qué pijotero!

- -Ponle un poco más de vuelo a la capellina.
- −¿Te has creído que soy un sastre?
- -No, está claro que eres un desastre. Ja, ja, ja -rio su propia gracia.

Pero a Álvaro no le sentó nada bien.

- -¡Te has pasado tres pueblos! -le respondió enfadado.
- -No sé cómo me los he podido pasar cuando aún no he salido de aquí. Y al paso que vas, no saldré nunca.



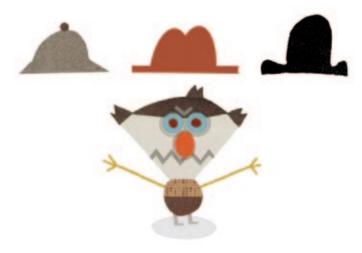
- -Eso es por tu culpa. Si no me vinieras con tantas exigencias...
- -¡Vaya! ¿Tengo yo la culpa de que tú seas un mal dibujante y tardes la vida en hacer un simple abrigo?

Álvaro trató de mantener la cabeza fría y no hacer caso de sus provocaciones. Necesitaba acabar los deberes a tiempo para poder ver su serie favorita, de modo que siguió dibujando pacientemente.

- -¡Venga, ya está listo! ¡A investigar! Y rapidito, que no tenemos toda la tarde -lo apremió Álvaro contemplando su obra de arte.
  - -Me falta el sombrero -volvió a exigir.
- -Ya nadie va con sombrero. Eso es de otra época -le replicó él.
- -Me da igual. Yo quiero un sombrero como el de mi maestro Sherlock.

Álvaro echó otra ojeada al reloj. Faltaba media hora para el comienzo de la serie y su madre no se la dejaría ver si no acababa los deberes. Pero ese renacuajo era más terco que una mula. Mejor le dibujaba uno rápidamente para que se largara de una vez.

-¿Eso es un sombrero? Parece el nido de un pájaro -le gritó en la oreja con su voz de trompeta desafinada.



- −¿Qué te parece este?
- -Una espantajería. ¿Tú me has visto pinta de motorista?

A Álvaro le empezaron a sudar las manos.

- -No es fácil con tu cabeza.
- -¡Vaya! ¡Ahora resulta que va a ser culpa de mi cabeza! ¿No será más bien por tus dedos inexpertos, que no saben manejar un lápiz?

¡Cómo le hubiera gustado a Álvaro borrarle uno de sus retoños! Pero se calló y lo intentó de nuevo.

- -A ver si este le satisface a su señoría -dijo con mucho retintín.
- −¿Me quieres disfrazar de Mary Poppins? −berreó él, enrabietado.
- −¡No sé cómo demonios lo quieres! –se exasperó Álvaro.

-Con un poco más de volumen por arriba.

Álvaro estaba desesperado. Tenía que conseguir que entrara de una vez en el ayuntamiento y le trajera información sobre las funciones que desempeñaban el alcalde y los concejales. Hacer un trabajo para el cole llevaba su tiempo.

- -Mira. Este es perfecto.
- -Parece un hongo.
- -Pues te hace más alto.

Eso pareció gustarle y accedió a quedárselo. ¡Uf, menos mal! Álvaro se quitó un gran peso de encima, hasta que escuchó una nueva petición:

-Ahora necesito una libreta.



- −¿Y no quieres también un monito que te haga compañía? −saltó furioso.
- -¿Para qué iba a querer un mono? En todo caso, un perro sabueso.

Álvaro pensó que mejor se hubiera callado. A ver si iba a tener que dibujarle también el dichoso perrito. ¡Lo que le faltaba! Pero de nuevo se plegó a su capricho para no meterse en otra interminable discusión, si bien no pudo evitar soltarle:

-Tanto que decías de mí, y me parece que eres tú el cobardica. Todas estas peticiones no son más que una vulgar excusa para dilatar el momento de cruzar esa puerta. A un buen detective le basta y le sobra con su cabeza y sus dotes de observación.

Y su comentario surtió efecto, porque Retoñito se guardó la libreta y el lápiz en el bolsillo del abrigo y le lanzó a Álvaro una mirada desafiante. Después se ajustó cómicamente el sombrero y entró en el ayuntamiento dibujado en el libro de texto, más chulo que un ocho.

¡Qué lejos estaba Álvaro en ese momento de imaginar la que iba a liar ahí dentro!

## Aunque solo sean 4 minutos

Una VEZ desaparecido Retoñito, Álvaro salió disparado de su cuarto para ver si había dado comienzo su serie favorita. Con suerte, si su madre no lo descubría, podría verla y luego hacer los deberes. Pero ¡cuál no sería su decepción al comprobar que su padre había llegado a casa antes de lo habitual y estaba sentado frente al televisor viendo las noticias. Estaba tan absorto, que ni se percató de su presencia. «¿Cómo le pueden interesar tanto?», pensó Álvaro. A él le parecían un rollo.

- -Hola, papá. ¡Qué pronto has llegado hoy!, ¿no? -dijo dándole un beso extremadamente cariñoso, necesitaba ganárselo para su causa.
- -Sí, he tenido una reunión por aquí cerca y luego me he venido ya a casa.

- -¡Qué bien! Podríamos ver juntos mi serie favorita –aventuró Álvaro.
  - -¿Has terminado ya los deberes?
  - -Bueno... Pensaba terminarlos después.
  - -Ya sabes que no. Primero los deberes, Álvaro...

En el mismo instante en que Álvaro se disponía a protestar, la palabra «alcalde» saltó directamente de las noticias a su oído y le obligó a prestar atención a lo que decía el locutor. En ese momento, en la pantalla había una manifestación de gente indignada con pancartas.



- -Papá, ¿qué han dicho del alcalde? ¿Por qué protestan? Es que justo tengo que hacer un trabajo sobre el ayuntamiento.
- -Al parecer, el alcalde de esa localidad va a dejar que talen un bosque inmenso para que construyan en él.
- -Pero ¿por qué? Eso va en contra de la naturaleza.
- -Ese bosque es del ayuntamiento, y si lo venden, van a ganar mucho dinero. Estas cosas siempre son por dinero, hijo.
- -Me parece a mí que ese alcalde es muy sospechoso. Habría que investigarlo, ¿no crees?
- -Bueno, anda, tú ve a terminar los deberes y, cuando acabes, vienes a ver la serie.
- -Pero, papá, para entonces ya habrá acabado. Miss Carmen nos ha puesto un montón de tarea. Voy a escribirle una carta al ministro de Educación para que prohíban los deberes. ¡Bastante trabajamos ya en el cole! Es una injusticia.
  - -Cuanto más tiempo pierdas, peor.
- -Anda, déjame verla, aunque solo sean cuatro minutos.
  - -Anda, no me líes. La verás cuando acabes.

Álvaro comprendió que no iba a convencer a su padre por más argumentos que empleara, y se marchó a su cuarto refunfuñando contra Retoñito por la cantidad de tiempo que le había hecho perder con la vestimenta.

A ver si el enano ese regresaba de una vez. Tenía prisa por contrastar con él lo que había escuchado en las noticias.



## 5 platos exquisitos

Entretanto, Retoñito, ajeno a las cavilaciones de su creador, entró en el ayuntamiento como Pedro por su casa y, en contra de lo que él pensaba, nadie advirtió su presencia. Una vez dentro, husmeó por aquí y por allí hasta dar con la sala donde estaban reunidos el alcalde y los concejales. Era realmente impresionante, con las paredes decoradas con frescos, grandes lámparas de cristal, el piso de madera noble muy encerado (a punto estuvo de dar un resbalón), inmensos ventanales con cortinones de terciopelo rojo, lo mismo que los asientos... Retoñito se alegró de haberle exigido a Álvaro un atuendo digno de ese salón.

Todavía no había comenzado la sesión, y tanto el alcalde como la mayoría de los concejales estaban de pie, hablando unos con otros. Retoñito ponía la oreja y anotaba diligentemente todas las conversaciones en su libreta. El alcalde les detalló a unos cuantos la comida que acababa de tener, regodeándose en cada uno de los platos:

-¡Qué percebes! Cada uno era como mi dedo gordo.

Retoñito se fijó en sus dedos del tamaño de una morcilla y le dio un poco de repelús.



-¡Y qué centollos! Su carne se te deshacía en la boca. Y el caparazón estaba lleno de coral. ¡Espléndidos! Luego trajeron un rodaballo al horno, absolutamente delicioso. Y un solomillo justo en su punto. Y para qué hablar del suflé de chocolate. Mmmmm. Una exquisitez.

A Retoñito se le estaba haciendo la boca agua. ¡Menudo banquetazo! Apuntó todo el menú para pedírselo a Álvaro de cena. Un detective de postín como él no iba a ser menos que un alcalde.

Luego se arrimó a dos concejales para cotillear de qué hablaban. Y en su afán por oír mejor, se escondió en el bolsillo de arriba de la chaqueta de uno de ellos. ¡Cómo escupía al hablar! ¡Qué asco! La próxima vez le pediría a Álvaro que le dibujara un paraguas. Ser detective era una

